

Trueba, David (2015). *Blitz*. Barcelona: Anagrama, pp. 166

Stefania Imperiale
(Università Ca' Foscari Venezia, Italia)

Un mensaje de texto enviado al móvil de la persona equivocada puede crear en ocasiones gracioso equívoco. Otras veces, en cambio, se convierte en el aliciente inesperado para dar un cambio radical en la vida de quien lo recibe. Tal es el caso de Beto, el protagonista de la última novela de David Trueba *Blitz* (Anagrama, 2015), que recibe un mensaje destinado a otro hombre mientras está esperando su kebab en la barra de un bar en Múnich. Quien lo envía es Marta, su novia, sentada en una mesa más allá en el mismo bar. La pareja ha viajado de Madrid a la ciudad alemana para presentar un proyecto de jardín público, seleccionado para un concurso internacional de arquitectura de paisajes. Para Beto y Marta la posibilidad de ganar el certamen representa la última tentativa para salvar los negocios y ganarse la vida en la dramática situación de crisis económica contemporánea.

A través de la incertidumbre laboral de un desanimado arquitecto treintañero que considera su oficio «tan etéreo» (p. 16) y por lo tanto prescindible, Trueba ofrece su representación literaria de la situación económica actual. Unas circunstancias en las que muchos jóvenes españoles aceptan «encargos bochornosos y salarios infrahumanos» (p. 24) para seguir formando parte de un sistema o emigran a países del «primer mundo» (p. 40) para encontrar salidas profesionales. Dejado por su novia y desempleado, Beto se convierte en un «emigrante español más en busca de un futuro prometedor, lejos de las tragedias de su país» (p. 84).

La precariedad laboral en la que se encuentra el protagonista – una dimensión en la que los proyectos futuros no tienen cabida ya que subyugados por las exigencias del presente – se refleja en la estructura misma de la novela, pautada por breves capítulos como si fueran secuencias yuxtapuestas de una película. La narración abarca el lapso de tiempo de un año, de enero a diciembre, eso es, desde que Beto va a Alemania con Marta, hasta doce meses después, cuando llega a Mallorca en Nochevieja para buscar a Helga, una mujer que le dobla la edad, conocida durante el congreso y con la que empezó una relación amorosa durante su estancia en Múnich. El primer capítulo – el mes de enero – es el más largo ya que ocupa más de cien páginas de las ciento sesenta y seis que componen la obra. Y sin embargo, aquí se narran las vicisitudes del protagonista

acaecidas solamente en los tres días del congreso. No nos debe extrañar si pensamos que para el personaje, así como el escritor mismo que bien conoce el lenguaje cinematográfico, el valor del tiempo no se mide solamente a través de la cantidad, sino también a través de la intensidad con el que lo experimentamos.

La apreciación del tiempo se convierte en una especie de obsesión para el arquitecto que, casi tomándole el pelo a su propio creador, afirma que «había tonteado con ser director de cine» pero tuvo «poca determinación para cumplir con esa vocación» (p. 33). En el proyecto presentado al congreso en Múnich, que los lectores podemos apreciar en dos imágenes, un boceto hecho a mano (p. 14) y un *render* (p. 27), ambos de Berta Risueño, el arquitecto transfigura sus inquietudes relativas a la valoración del tiempo que transcurre en objeto estético, ideando un jardín «de relojes de arena de escala humana, que al girarlos te concedían un tiempo de abstracción» (p. 14). A pesar de fracasar en sus anhelos de ganar el concurso, el «Jardín de los tres minutos», ése es el nombre del proyecto ya que el bulbo superior de los relojes de arena ideados por Beto tarda ese tiempo en vaciarse, marca el comienzo de un camino de perfección que el protagonista lleva a cabo.

La imagen de los relojes de arena volverá unos capítulos después, en «Septiembre», cuando el protagonista se ha mudado a Barcelona tras una propuesta de colaboración ofrecida por Àlex Ripollés, el paisajista catalán ganador del concurso. El encuentro azaroso en una enciclopedia del cuadro de Ambrogio Lorenzetti *Alegoría del buen gobierno* del siglo XIV, presente también en la misma novela de Trueba (p. 144), será el acicate para la realización de una aplicación para móviles financiada por la empresa de Ripollés y que devolverá estabilidad económica a Beto.

El cuadro del pintor italiano no es la única pintura presente en la novela de Trueba. Mientras visita con Helga una exposición dedicada a Otto Dix en Múnich, Beto se fija en tres cuadros que representan a tres mujeres mayores y que Trueba reproduce en el libro (p. 105). Las pieles arrugadas y los pechos que han perdido la tonicidad de la juventud representados por el pintor alemán le recuerdan al lector la descripción del cuerpo de Helga de las páginas anteriores, cuando el mismo Beto se sorprendía por su atracción sexual hacia una mujer mucho mayor que él. El pudor inicial de Beto, avergonzado por una relación física jamás experimentada, se supera aquí tras la visión de los cuadros de Dix. El relámpago al que alude el mismo título de la novela y que se reitera a lo largo de la obra, se da aquí en la contemplación de las pinturas que se configuran como imágenes dialécticas, según la definición de Walter Benjamin. De manera inaprensible, estas imágenes relampaguean y permiten que el pasado, el presente y el futuro se alumbren a partir del presente de la percepción. El «relámpago» inicial (p. 11) representado por la pantalla del móvil de Beto en que se leía el mensaje que iba a cambiar su vida, vuelve al final de la

novela en una cala de Mallorca, llamada por los alemanes «*blitz*» (p. 166).

Si por un lado *Blitz* es una invitación a reflexionar sobre la potencialidad del relámpago entendido como instante fugaz, metáfora de la existencia que se nos escapa de las manos al igual que la arena de los relojes, por otro lado el destello seduce por su capacidad de alumbrar y dejar entrever nuevos senderos transitables.

